

## Editorial invitado

### **Sostener la complejidad: una ética para tiempos de consignas**

---

**Balma Soraya Hernández Moscoso**

Miembro del Consejo Asesor Editorial de la RTS. Hospital Sant Joan de Déu

---

Elegir el tema de un editorial nunca es sencillo. Algunas ideas asomaban con fuerza. Podía escribir sobre la necesidad de que se reconozca oficialmente el trabajo social sanitario, sobre el rol docente de la profesión o sobre el escaso apoyo institucional a la investigación. También era posible disertar acerca de los cuidados paliativos pediátricos, que es mi ámbito de intervención. Pero entonces pensé que quizás se esperaba de mí una reflexión con perspectiva ética sobre las realidades sociopolíticas de actualidad, esas a las que canta Ismael Serrano: “las cotidianas tristezas, la de los supermercados, la del metro y las aceras, también las que me quedan lejos, las de los secos desiertos, las de las verdes selvas”.

Pero no sé cómo hacerlo. Porque cada palabra nos sitúa, y cada silencio, cada mirada, también. Parece que últimamente se nos pide, para cada gran o pequeño tema, un posicionamiento, un gesto simbólico de compromiso. Y, sin embargo, ¿es necesario? Los principios éticos del trabajo social son nuestro contexto de intervención: ya miramos a las personas que acompañamos buscando siempre la igualdad, la justicia, la dignidad. Si ya está en nuestra esencia, ¿qué sentido tiene repetir una y otra vez, en los pasillos, en redes sociales, sobre el papel, que estamos en contra de la guerra, del racismo, del sexism, de la inseguridad y el incivismo, de la falta de oportunidades, de la desigualdad, de la discriminación y de la opresión? El riesgo de este tiempo es confundir el tuit con la acción, el manifiesto con la intervención. Nos convertimos en estenotermos sociales, incapaces de sobrevivir más allá de un rango único de certezas.

¿Será que estamos más cómodas en la maternidad social que se espera de nosotras? Actitudes tiernas, acompañamiento cariñoso, demandas a media voz, solicitudes educadas, cuidadoras de todas las causas y buena letra. Yo, y si además reciclamos ya tenemos el completo.

Quizá todo cobraría sentido si nuestra dimensión reivindicativa se encarnara en las plazas y en la acción colectiva, porque, si no, corremos el peligro de quedarnos en la comodidad de la ideología. Pero entonces llega la gran pregunta: ¿podemos realmente tomar decisiones sin dejarnos atravesar por nuestras creencias y valores? ¿Podemos intervenir sin sentirnos interpeladas por el rumor externo constante? Persiste la ilusión de que somos capaces de decidir desde un lugar prístino, como si existiera una ética pura, incontaminada por el contexto. Se nos pide actuar como si viviéramos en un éter neutral, como si Schrödinger nunca nos hubiera presentado a su gato, como si la entropía no gobernara también nuestras

instituciones. Como si fuera posible observar sin involucrarse, sin vibrar con lo más sutil de la vida.

Y es que esas expectativas no solo son irreales, sino peligrosas: invisibilizan los condicionantes que nos atraviesan. Y hacen parecer que nuestras decisiones son fruto de una asepsia social y no de la tensión constante entre principios morales y circunstancias materiales.

Porque, si se nos pide posicionarnos individualmente, quizá no guste el resultado: en el escenario posmoderno también las trabajadoras sociales somos diversas, y diversas son nuestras maneras de ver el mundo, nuestras narrativas. Y podemos tener miedo a la cancelación, al juicio rápido, a que se malinterpreten nuestras palabras, incluso a perder el puesto de trabajo. Ese miedo explica muchos de nuestros silencios, silencios que no siempre son complicidad, sino estrategias de supervivencia en un contexto en el que todo parece escrutado, puro mimetismo cuando el dogma es sagrado y lo políticamente correcto se define según sople el viento.

Por eso es importante no perder el norte y recordar que el trabajo social no puede pensarse al margen de la filosofía. No en el sentido académico de grandes sistemas, sino en lo que nos interpela cada día: conocer y aplicar nuestros principios éticos, situar en primer plano los derechos humanos, fundamentar nuestras intervenciones y toma de decisiones en la evidencia científica y sacar brillo a la *phrónesis*. Y el acompañamiento, con emoción. Y la vida personal, al gusto. Que solo faltaría que todas tuviéramos que pensar, sentir o creer igual, encadenadas, cubiertas o encorsetadas.

Al final, nuestra tarea es sostener la complejidad sin caer en la tentación de los atajos. Y, puestos a uniformarnos, que sea en zapatillas cómodas para salir a la calle, no en etiquetas que nos impidan expresarnos. Porque la ética en trabajo social no consiste en recitar mantras ni en suscribir causas, ni en una voz única. Consiste en acompañar sin certezas, pero con la obstinación de no renunciar jamás a la justicia social. Lo único que podemos prometer es no dejar de interrogar, de interrogarnos, aun cuando duela, con la obstinación de quien sabe que el respeto a la dignidad humana es nuestro horizonte último.